

Ensayo introductorio

«¿Fanáticos o devotos?»

El gobierno cardenista y la Iglesia católica frente a la cuestión indígena

1. Modernización en los años treinta: hacia el Cardenismo

Este dossier propone profundizar la relación entre modernización y tradición a través del vínculo entre el régimen mexicano posrevolucionario, la Iglesia católica y la religión durante los años treinta. Para México esta década representó una etapa muy peculiar, en gran parte coincidente con la época presidencial de Lázaro Cárdenas del Río (1934-1940). Un período en el que el lema del equilibrio entre capital y trabajo teorizado por Álvaro Obregón (presidente de 1920 a 1924) experimentó una importante redefinición, en los años de la primera estabilización del país tras la fase de la revolución armada. Un lema retomado con distintos acentos también por la presidencia de Plutarco Elías Calles (1924-1928) y en los años del llamado Maximato (1928-1934), luego revisado con un fuerte énfasis en el papel de las masas populares y las reformas agrarias en el discurso presidencial cardenista¹.

A raíz de las experiencias en una educación laica de nuevo tipo otorgada por la Escuela Socialista², la política de puertas abiertas a

¹ R. Pérez Monfort, *Lázaro Cárdenas. Un Mexicano del siglo XX*, 2 vol., Debate, México 2018; F. Benítez, *Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana*, a cura di L. Durán, vol. III, *El cardenismo*, Fondo de Cultura Económica, México 2015 (1ª ed. 1978); *Lázaro Cárdenas. Ideario político*, Ediciones Era, México 2000 (1ª ed. 1972).

² M. De Giuseppe, *Nazione e internazionalismo nella genesi della scuola socialista*, in M. De Giuseppe - G. Fabián Mestas (eds.), *Scuole, maestri e pedagogie nel Messico prima e dopo la rivoluzione*, número monográfico de «Annali di storia dell'educazione e delle istituzioni scolastiche» 22(2015), pp. 123-152; G. Guevara Niebla, *La educación socialista en México (1934-1945)*, SEP, México 1985; F. Arce Gurza,

los exiliados republicanos españoles que huían del franquismo³, el reparto agrario o la nacionalización petrolera de 1938⁴, el régimen cardenista ha sido a menudo identificado como el más abierto al socialismo en la historia de México, y al mismo tiempo, tomado como un prototipo (especialmente de la historiografía europea) de un régimen populista latinoamericano (una especie de variante de izquierda del getulismo brasileño o del peronismo argentino)⁵.

Sin embargo, esta lectura no hace justicia a una experiencia que, en realidad, a pesar de sus contrastes y contradicciones, fue algo mucho más complejo y original, tanto a nivel nacional como internacional, y que debe releerse desde una perspectiva *glocal*. Durante la presidencia de Cárdenas, de hecho, la dimensión nacionalista de los regímenes posrevolucionarios (que se autoafirmaban sobre la base de la idea de una revolución ininterrumpida pero institucionalizada)⁶ se volvió más compleja, tanto por el redescu-

En busca de una educación revolucionaria, in J. Zoraida Vásquez (ed.), *Ensayos sobre historia de la educación*, El Colegio de México, México 1999; V. Lerner, *La educación socialista*, Serie Historia de la Revolución Mexicana, periodo 1934-1940, n. 12, El Colegio de México, México 1979.

³ A. Mateos (ed.), *De la guerra civil al exilio. Los republicanos españoles y México*. Indalecio Prieto y Lázaro Cárdenas, Biblioteca Nueva, Fundación Indalecio Prieto, Madrid 2009; I. Olmedo, *Narrativas periféricas: Historia e historiografía del exilio español en México*, Peter Lang, New York 2020; P.W. Fagen, *Exiles and Citizens: Spanish Republicans in Mexico*, University of Texas Press, Austin 2014; C. Sánchez Antolín, *El exilio español del 39 en México. Mediaciones entre mundos, disciplinas y saberes*, El Colegio de México, México 2015; P. Yankelevich, *México país refugio. La experiencia de los exilios*, Plaza y Valdés, México 2003.

⁴ M. Meyer - L. Vasconcelos, *Mexico and the United States in the Oil Controversy, 1917-1942*, University of Texas Press, Austin 2014; L. Meyer, *Autodeterminación y petróleo*, En debate, México 2013; M.A. Sánchez de Armas, *El peligro mexicano: Ensayo sobre comunicación y propaganda en la expropiación petrolera de 1938*, Fundación Manuel Buendía, México 2017; M. Carbó, *Ningún compromiso que lesione al país... Lázaro Cárdenas y la defensa de la soberanía*, Plaza y Valdés, CERMLC, México 2002; finalmente el testimonial N. Bassols Batalla, *Las Etapas de la nacionalización petrolera*, Porrúa, México 2006.

⁵ V. Castronovo, *Piazze e caserme. I dilemmi dell'America Latina dal Novecento a oggi*, Laterza, Roma-Bari 2007. En general M. De Giuseppe - G. La Bella, *Storia dell'America latina contemporanea*, il Mulino, Bologna 2019; L. Zanatta, *Il populismo*, Carocci, Roma 2013; A.M. Kiddle - M.L. Olin Muñoz - C. Cárdenas Solórzano, *Populism in Twentieth century Mexico: the Presidencies of Lázaro Cárdenas and Luis Echeverría*, University of Arizona Press, Tucson 2010.

⁶ A. Knight, *La revolución cósmica. Utopías, regiones y resultados. México 1910-1940*, Fondo de Cultura Económica, México 2015.

brimiento de vínculos profundos entre el gobierno federal, los gobiernos estatales y los poderes reales activos en los territorios. El primer intento se dio – aunque fue parcialmente exitoso – cuando se propuso reestructurar el partido: el Partido Nacional Revolucionario (PNR), concebido por Calles en 1929 y transformado por Cárdenas en Partido de la Revolución Mexicana (PRM) en 1938 y finalmente remodelado en 1946 en el Partido Revolucionario Institucional (PRI)⁷. Estos esfuerzos renovadores fueron acompañados de una reforma radical del sistema sindical, con la eliminación de la *callista* Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) de Luis Morones y el nacimiento, con el apoyo de Vicente Lombardo Toledano, de la Confederación de Trabajadores de México (CTM)⁸ y la creación de un eficiente sistema de control del ejército (a su vez canal de incorporación social) como vía de emancipación del caudillismo posrevolucionario de los años veinte⁹. Además, el uso masivo y simbólico del agrarismo, del reparto de tierra, la puesta en valor del ejido y la construcción de un sistema articulado de protoindigenismo estatal (y federal) se convirtieron en elementos característicos del cardenismo, garantizando la consolidación de un sistema revolucionario de paternalismo social. La «domesticación» institucional del ejército y la creación de una intrincada y polifacética maquinaria de redes entre el centro y las articuladas periferias de la nación – a pesar de la presencia de formas múltiples de clientelismo y frente a un partido único de facto –, otorgaron al gobierno federal espacios inéditos de movilidad social y cooptación de grupos y organizaciones, invirtiendo recursos en el modelo cultural y en la ideología incluyente de la «revolución en marcha»¹⁰.

⁷ R. Hernández Rodríguez (ed.), *Historia mínima del PRI*, El Colegio de México, México 2016; B. Smith, *Who Governed? Grassroots Politics in Mexico Under the Partido Revolucionario Institucional*, in «Past and Present» LXIII, 225(2014), pp. 227-271; L. Meyer, *La Revolución mexicana y sus elecciones presidenciales. Una interpretación (1911-1940)*, in L. Meyer, *México para los mexicanos: La revolución y sus adversarios*, El Colegio de México, México 2010, pp. 2017-250. Sobre la crisis del PRI, T. Bertaccini, *El tramonto del regime rivoluzionario. Messico 1970-2010*, Otto, Torino 2011.

⁸ D. Spenser, *En combate. La vida de Lombardo Toledano*, Debate, México 2018; A. Córdova, *La política de masas del cardenismo*, Era, México 1974.

⁹ F. Benítez, *Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana*, vol. II, *El caudillismo*, Fondo de Cultura Económica, México 2015 (1ª ed. 1977).

¹⁰ S. de la Peña - T. Aguirre, *De la Revolución a la industrialización*, UNAM, México 2006; A. Bartra, *Los herederos de Zapata. Movimientos campesinos posrevolucionarios*

Al mismo tiempo, la capacidad de marcar públicamente en el discurso cardenista un decidido antinazi-fascismo, paralelo a un alejamiento de facto de la URSS estalinista, le permitió al gobierno cardenista consolidar las relaciones bilaterales con Washington, en los años de la construcción de la política «del buen vecino» de Franklin Delano Roosevelt, hasta el punto de superar, sin excesivos traumas, tanto los efectos a mediano plazo de la durísima crisis del 1929, como la ruptura producida por la nacionalización petrolera de 1938. Esta mezcla entre pragmatismo e idealismo en la política exterior cardenista connotaba también la dialéctica entre el nacionalismo y las aperturas internacionales, como sobresale de una reanudación discreta, pero convencida de un discurso pan-latinoamericano, políticamente vago, pero idealmente arraigado en el modelo cultural revolucionario¹¹.

Sobre este telón de fondo, se coloca también la relación del cardenismo con el fenómeno religioso, en una etapa de populismo modernizador, que nos ayuda a reflexionar de manera conjunta sobre el nuevo papel del Estado mexicano en los procesos de *nation-building*, las dinámicas incorporadoras del mundo rural y la redefinición de los indigenismos. Todo ésto en una época de nuevas polarizaciones que sufría los reflejos de la crisis económica global, de los totalitarismos europeos, así como las nuevas tesis sobre la raza, pero también registraba unos cambios profundos a nivel eclesial, de pastoral social y de activismo del laicado, entre la acción pacificadora de la recién nacida Acción Católica Mexicana (ACM) y el radicalismo filo-fascista del sinarquismo¹².

en México, 1920-1980, Ediciones Era, México 1985; O. Granados, *Las organizaciones campesinas en México*, Océano, México 1988; A. Gilly, *El Cardenismo. Una utopía mexicana*, Cal y Arena, México 1994.

¹¹ J. Márquez Muñoz, *La política exterior del Cardenismo*, in S. León y González, *El cardenismo. 1932-1940*, Serie Historia crítica de las modernizaciones en México, n. 5, pp. 370-435; D. Spenser, «Unidad a toda costa». *La Tercera internacional en México durante la presidencia de Lázaro Cárdenas*, Publicaciones de la Casa Chata, CIESAS, México 2007; J.Z. Vázquez - L. Meyer, *México frente a Estados Unidos, 1776-1988*, segunda edición, Fondo de Cultura Económica, México 1989; P. Yankelevich, *La revolución mexicana en América Latina: intereses políticos e itinerarios intelectuales*, Instituto Mora, México 2003.

¹² La Unión Nacional Sinarquista (UNS) fue fundada en 1937 como un movimiento político de masas de la derecha católica, inspirado en elementos del fascismo italiano y del nacionalsocialismo alemán, así como del franquismo, el salazarismo y

2. El periodo del Maximato y las herencias del conflicto religioso

La década de 1920 intentó cerrar la incertidumbre del período del Maximato, con el nacimiento del PNR y la firma, el 21 de junio de 1929, de los Arreglos entre la Iglesia católica y el gobierno mexicano que puso fin al trienio de la guerra Cristera produciendo el llamado *Modus vivendi*. Tres años abiertos con el lanzamiento (14 de junio de 1926) de la denominada Ley Calles para la aplicación del artículo 3º de la Constitución de 1917 que limitaba el número de sacerdotes, los sometía al control estatal e introducía el registro de clérigos. Una provocación que fue seguida en rápida secuencia por una serie de peticiones y protestas, por el nacimiento de la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa (LNDLR), por el boicot católico a los bienes públicos, por la huelga de culto sancionada por la Conferencia Episcopal Mexicana (CEM) y, desde el verano de 1926, por el levantamiento armado del ejército cristero en estados centrales de la Federación connotados por un catolicismo fuertemente sacramental¹³, como Jalisco, Guanajuato, Zacatecas, Aguascalientes, Querétaro y en los altos de Michoacán¹⁴. Siguió un trágico y turbulento período en el que los picos del anticlericalismo fueron alcanzados (mucho más allá de las experiencias de la revolución en armas) por batallones de obreros y agraristas, pero en particular por el ejército federal encabezado por un campeón del

la Action française de Charles Maurras. Su primer líder, José Antonio Urquiza, fue asesinado en 1938 pero también se sumaron al movimiento algunos ex ligueros (los miembros de la LNDLR, el brazo político ideológico de la guerra Cristera) y un impulsor de la fracasada «Cruzada por Tabasco», Salvador Abascal. Entre los interlocutores estadounidenses de la UNS se encontraba el obispo auxiliar de Boston y desde 1939 el arzobispo de Nueva York, Francis Spellman. J. Meyer, *El Sinarquismo, el Cardenismo, la Iglesia, 1937-1947*, Tusquets, México 2003; E. Hernández García de León, *Historia política del Sinarquismo*, Universidad Iberoamericana, 2004 México.

¹³ M. Butler, *God's Campesinos? Mexico's Revolutionary Church in the Countryside*, en «Bulletin of Latin American Research» XXVIII, 2(2009), pp. 165-184.

¹⁴ J. Meyer, *La cristiada*, vol. III, Siglo XXI, México 2005 (1ª ed. 1973); A. Oliveira Sedano, *La guerra Cristera. Aspectos del conflicto religioso de 1926 a 1929*, Fondo de Cultura Económica, México 2019 (1ª ed. 1966); M. González Navarro, *Cristeros y agraristas en Jalisco*, 2 vol., El Colegio de México 2003; M. Butler, *Popular Piety and Political Identity in Mexico's Cristero Rebellion: Michoacán, 1927-29*, Palgrave-MacMillan, New York 2004; M. De Giuseppe, *Messico 1900-1930. Stato, Chiesa, popoli indigeni*, Morcelliana, Brescia 2007; P. Valvo, *Pio XI e la Cristiada. Fede, guerra e diplomazia in Messico (1926-1929)*, Morcelliana, Brescia 2016.

nuevo anticlericalismo como el general Joaquín Amaro y por gobernadores como Adalberto Tejeda en Veracruz o Tomás Garrido Canabal en Tabasco¹⁵. Todo mientras Calles y el líder sindical Morones promovían un proyecto cismático fallido (la Iglesia católica apostólica mexicana del padre Pérez Budar), acusando a la Iglesia «romana» de ser la barrera defensiva del oscurantismo¹⁶.

Un período de polarización que también en el frente católico vio la consolidación de un integrismo radical promovido por los militantes de la LNDLR, muchos de ellos, jóvenes burgueses provincianos, que habría sentado las bases del futuro movimiento sinarquista, alimentando una serie de tensiones internas al catolicismo mexicano. Ya en esa etapa surgen profundas divisiones intraeclesiales, en el episcopado en primer lugar, entre los obispos conciliatoristas, como el de Tabasco (luego arzobispo primado) Pascual Díaz y Barreto o el arzobispo de Michoacán, designado delegado apostólico desde 1929, Leopoldo Ruiz y Flores, por un lado; y por el otro los fundamentalistas pro-ligueros, partidarios de la revuelta armada, como el obispo de Huejutla, Jesús Manrique y Zárate, el arzobispo de Veracruz, Rafael Guizar y Valencia o (aún con otra distinta perspectiva) el de Guadalajara, Francisco Orozco y Jiménez.

La suspensión del culto público, sin embargo, también puso de relieve una escisión, que atravesó varias órdenes religiosas, comenzando por la Compañía de Jesús, entre los partidarios de las nuevas formas de modernización de la piedad y la devoción, como las propuestas por el Apostolado de la Oración y las nuevas formas de prácticas piadosas en el recinto familiar (como las promovidas por el jesuita padre Pro, fusilado con la acusación de haber atentado contra la vida de Obregón e inmediatamente considerado internacionalmente mártir de la persecución religiosa)¹⁷,

¹⁵ M. Butler (ed.), *Faith and Impiety in Revolutionary Mexico*, Palgrave-MacMillan, New York 2008; A. Bantjes, *Idolatry and Iconoclasm in Revolutionary Mexico: the De-Christianization Campaigns, 1929-1940*, en «Mexican Studies/Estudios Mexicanos» XIII, 1 (1997), pp. 87-120; M. Loyo, *Joaquín Amaro y el proceso de institucionalización del Ejército Mexicano, 1917-1931*, Fondo de Cultura Económica, México 2003.

¹⁶ M. Butler, «Sotanas Rojinegras»: *Catholic anticlericalism and Mexico's revolutionary schism*, in «Academy of American Franciscan History» LXV, 4 (2009), pp. 535-558; K. Cheasty Miller, *Una Iglesia Más Mexicana: Catholics, Schismatics, and the Mexican Revolution in Texas, 1927-1932*, en «U.S. Catholic Historian» XXVI, 4 (2008), pp. 45-69.

¹⁷ J. Scherer García, *El indio que mató al padre Pro*, Fondo de Cultura Económica, México 2005.

y ese México infinito, profundo, indígena y mestizo, impregnado de elementos sincréticos.

Si de hecho en las regiones caracterizadas por un catolicismo más sacramental del centro de México¹⁸, la huelga del culto y la ausencia de los sacerdotes había generado alzamientos de armas, en las regiones más sincréticas e indígenas, sobre todo en el sur del país, el culto había continuado silenciosamente al ritmo de los calendarios agrícolas, de los rituales populares, de las mayordomías pueblerinas, de las fiestas de los santos patronos y de las devociones marianas y guadalupanas. Este proceso generó más que un miedo a la Compañía de Jesús y en particular al componente más abierto a los experimentos protoindigenistas como el padre José Mier y Terán (superior de la misión de la Sierra Tarahumara desde 1922 hasta 1931) o al obispo Díaz y Barreto¹⁹. Una temporada en la que la «persecución religiosa» o la «lucha desfanatizadora», según las distintas perspectivas de los contendientes, llegó a su culmen, empujando al Papa Pío XI, a la curia y a la Compañía de Jesús a intervenir repetidamente, exponiendo al México posrevolucionario a la atención internacional²⁰.

El crucial 1929, a las puertas de la década de los treinta, estuvo marcado desde los primeros meses por dos innovaciones que parecían moverse en paralelo: el nacimiento del partido que gobernaría el país por más de setenta años (la convención se inauguró en Querétaro, ya sede de la Asamblea Constituyente de 1917) y los trabajos diplomáticos clandestinos que propiciaron, respaldados por una serie de declaraciones públicas a la prensa internacional, los arreglos de junio y el *Modus vivendi* con la Iglesia. De hecho, mientras el obispo radical Manríquez publicaba su *Nuevo Mensaje al Mundo civilizado*²¹, acusando a Washington de haber abandonado a los ca-

¹⁸ R. Curley, *Citizens and believers: religion and politics in revolutionary Jalisco, 1900-1930*, University of New Mexico Press, Albuquerque 2018.

¹⁹ M. De Giuseppe, *Detrás de los arreglos: la S. Sede, la «lucha por las almas» y los católicos mexicanos*, en J.L. Soberanes - O. Cruz Barney (eds.), *Los arreglos del Presidente Portes Gil con la jerarquía católica y el fin de la guerra Cristera*, UNAM, México 2015, pp. 107-132.

²⁰ J. Meyer (ed.), *Las naciones frente al conflicto religioso en México (1926-1929)*, Tusquets, México 2010; J. Meyer, *La cruzada por México: Los católicos de Estados Unidos y la cuestión religiosa en México*, Tusquets, México 2008.

²¹ AHAM, Fondo P. Díaz y Barreto, C. 2, Episcopado Nacional.

tólicos mexicanos a su «triste destino», en México hubo un paulatino alivio a la persecución religiosa e incluso entre los obregonistas hubo quienes desaprobaban la excesiva dureza de la represión militar en la guerra Cristera, distanciándose de los «quemasantos»²². El día 3 de marzo, sin embargo otro eco también llamó la atención: la inesperada revuelta escobarista, encabezada por los generales José Gonzales Escobar y Jesús Francisco Manzo que se levantaron, junto con algunos otros oficiales, en los estados norteros de Sonora, Chihuahua y Coahuila y en el sur de Tabasco²³. La revuelta se produjo a raíz de los tradicionales levantamientos militares y, a pesar de una serie de ambigüedades, apareció como una reacción al proyecto de reforma política callista. Los rebeldes, 15,000 hombres aproximadamente, en su mayoría militares, intentaron dar una apariencia política al levantamiento lanzando el Plan de Hermosillo. A los ojos del gobierno, la revuelta pudo tomar una dimensión muy diferente si se hubiera hecho una alianza con los cristeros del general Gorostieta. Por eso Calles reaccionó rápida y directamente; nombrado por el presidente Portes Gil como Secretario de Guerra y Marina, movilizó a unos 35,000 federales, apoyados por veinte batallones de agraristas del general Saturnino Cedillo, mientras Tejeda, gobernador de Veracruz lanzó una campaña decisiva. Para la ocasión, se adquirieron nuevos aviones estadounidenses, los biplanos Corsair, que apenas llevaban dos años en servicio por la Armada estadounidense en la guerra contra Sandino en Nicaragua. La alianza entre los escobaristas y los cristeros nunca se concretó (y esto, más tarde, benefició al movimiento al finalizar el conflicto). Los rebeldes, geográficamente aislados y sin apoyo externo, fueron rápidamente derrotados y sus líderes huyeron a través de la frontera o fueron pasados por las armas. Una vez más una revuelta armada manifestó un peligro concreto para el sistema posrevolucionario, al tiempo que confirmó la eficacia de la acción estabilizadora de los gobiernos para reducir los fenómenos del caudillismo militar y, a la inversa, reafirmó la peculiaridad absoluta de la experiencia cristera²⁴.

²² B. Fallaw, *Religion and State Formation in Postrevolutionary Mexico*, Duke University Press, Durham-London 2013.

²³ P. Santana Hernández, *La rebelión delahuertista en Frontera*, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa 2015.

²⁴ B. Fallaw, T. Rugeley, *Forced Marches: Soldiers and Military Caciques in Modern Mexico*, University of Arizona Press, Tucson 2013.

La otra gran novedad que amenazó con trastornar el proyecto de modernización radical callista surgió del intento de crear un frente de oposición fuerte, en torno a la candidatura a la presidencia del ex rector de UNAM y ex Secretario de Educación obregonista, José Vasconcelos. Si el candidato del Partido Comunista Mexicano (PCM), Pedro Rodríguez Triana, no representaba un peligro real para Ortiz Rubio (el candidato presidencial callista), el ex secretario de la SEP podría convertirse en un competidor potencialmente peligroso. Vasconcelos, que regresó a su tierra después de un prolongado autoexilio, contó con el apoyo del Partido Nacional Antireeleccionista (PNA), reorganizado por Manuel Gómez Morín, antepasado del Partido de Acción Nacional (PAN), destinado a nacer en el ocaso del cardenismo en 1939. Vasconcelos se acreditó como el exponente de un proyecto político alternativo al callismo, basado en la matriz revolucionaria común. De hecho, el intelectual oaxaqueño que aún gozaba de un prestigio considerable, reunió apoyos en una heterogénea clase media urbana, entre los intelectuales²⁵, pero su misticismo idealista, su peculiar (y en parte contradictoria) visión «panlatina», su distanciamiento del radicalismo (que en su perspectiva marcó un fracaso de la revolución)²⁶ miraba a despertar también el interés de los militantes católicos. Un proyecto destinado a fracasar ya que no sólo a nivel popular sino también entre los ligueros, que no les perdonaban su pasado revolucionario, y en la jerarquía eclesiástica. Vasconcelos no encontró consensos sino una disidencia radical en el mundo católico que buscaba. Tampoco tuvo éxito su intento de resucitar el espíritu plural del maderismo de 1912, para unir a los liberales moderados, obregonistas y católicos. En este sentido, una alianza entre el movimiento político vasconcelista y los cristeros podría representar una opción más peligrosa políticamente pero tampoco se concretó. Este rotundo fracaso político ayuda a explicar – junto con la prolongación de la crisis – los costos de la guerra Cristera, el papel negociador del embajador estadounidense Dwight Morrow y el clima generado tras el asesinato de Obregón perpetrado por el católico León Toral en julio de 1928

²⁵ Le ofrecieron su respaldo, entre los otros, Carlos Pellicer, Adolfo López Mateos y Alessio Robles.

²⁶ Véase J. Vasconcelos, *Ulises criollo*, Botas, México 1945 e *Indología*, LMU, México 1958.

(un hecho que también reflejó sus sombras en el bando callista)²⁷, el cambio brusco de rumbo de gobierno, la moderación exhibida por Portes Gil y las nuevas aperturas en la negociación.

Entre junio y julio, en un último intento desesperado, Vasconcelos envió mensajes explícitos a los líderes rebeldes y, presentando oficialmente su programa de gobierno en la Convención del Partido Nacional Reelectionista, lanzó un llamado a la unión de todas las fuerzas vivas del país, volviendo a proponer la cuestión de las nacionalizaciones (que probablemente suscitó más de una preocupación en el embajador estadounidense), las reformas agrarias, la reorganización del sistema tributario y, por supuesto, la misión educativa²⁸, recuperando un potencial papel protagónico de las escuelas particulares²⁹. La modernización aún pasaba por la escuela y la disputa educativa, Vasconcelos invitaba sus paisanos a mirar a los vecinos del norte, los amados-odiados Estados Unidos, «con los que necesariamente debemos competir», recordando que allá las escuelas primarias llegaban al 80% de la población escolar y que la escolarización era un derecho crucial para el porvenir del siglo XX. Las conclusiones eran de este tenor:

«Mientras que nosotros tal vez apenas seamos capaces de dar educación primaria al 20% o quizás al 30% de nuestra población. Ante esta terrible desigualdad, solo tenemos que convencernos de la urgencia que tenemos de cambiar radicalmente el tipo de gobierno, en términos de sistema y de personas; de lo contrario, la esclavitud en la que caen inevitablemente las razas ignorantes será la única herencia que nuestros hijos podrán recoger»³⁰.

Sin embargo, cuando Vasconcelos pronunció ese discurso, la Cristiada ya se había detenido. El general Gorostieta fue asesinado un mes antes y los arreglos entre gobierno y episcopado habían

²⁷ M. Ramírez Rancaño, *El asesinato de Álvaro Obregón. La conspiración y la madre Conchita*, INEHRM-SEP-UNAM, México 2014; P. Castro, *Álvaro Obregón. Fuego y ceniza de la revolución mexicana*, Ediciones Era, México 2009.

²⁸ E. Loyo, *Gobiernos revolucionarios y educación popular en México 1911-1928*, El Colegio de México, México 1999.

²⁹ P.A. Schell, *Church and State in Revolutionary Mexico City*, University of Arizona Press, Tucson 2013.

³⁰ *Programa de gobierno de J. Vasconcelos, discurso pronunciado el 5 de julio en la convención del PNA*, AHCESU/UNAM, fondo Palomar y Vizcarra, 3537.

concluido hacia menos de dos semanas, mientras que los obispos conciliatoristas iban publicando una serie de cartas pastorales inspiradas en el tema de la pacificación nacional³¹. Ya en mayo el obispo de Querétaro, Banegas y Galván lanzó una pastoral en la que invitaba a los católicos de su diócesis a conformarse a un espíritu de armonía con las instituciones públicas, entre la defensa de la tradición católica y las necesidades del mundo moderno, escribiendo:

«en estos momentos que considero solemnes para nuestra patria, rezo a los católicos de México, que permanezcan en paz, tranquilidad y orden y eleven fervientes oraciones a Dios para que apacigüe pasiones, ilumine las intenciones y mueva la voluntad para que en esta nación finalmente reine la armonía que tanto deseamos»³².

Del mismo tenor fueron las cartas de Mons. Anaya en Chiapas, en las cuales se invitaba al mundo indígena de los Altos a respetar las necesidades de la paz social proclamadas por Mons. Guizar y Valencia en Chihuahua y por el superior josefino José María Troncoso.

Posterior a los Arreglos de junio 1929, la prioridad absoluta de la Santa Sede fue evitar más rupturas internas en la Iglesia mexicana. Una semana después de la firma, el historiador católico, conciliador, Alberto María Carreño escribió al obispo Pascual Díaz, subrayando que: «uno de los grupos que más le hizo la guerra y le generó dificultades fue ahora de los primeros en mostrar públicamente su sumisión y aceptar a la situación»³³. La referencia iba naturalmente a los miembros de la LNDLR, enemigos de la línea del diálogo del obispo desterrado de Tabasco. El intelectual católico e historiador, ya miembro de la Sociedad indianista, también acogió con manifiesta satisfacción las declaraciones públicas de Mons. Orozco y Jiménez publicadas por el «World» en los días antes³⁴.

³¹ C.J. Alejos, *La Constitución mexicana de 1917 y los escritos del episcopado en defensa de la libertad religiosa*, P. Valvo (ed.), *La libertà religiosa in Messico. Dalla rivoluzione alle sfide dell'attualità*, Studium, Roma 2020, pp. 50-68.

³² *Carta pastoral del obispo de Querétaro*, 8 mayo 1929, CEHM/CARSO, fondo Cristero, coll. A. Rius Facius, CLXXXII, carp. 10.

³³ Carta del 28 de junio 1929, AHAM, Fondo P. Díaz y Barreto, c. 6, Delegación apostólica. Con respecto a la posición de Mons. Orozco, mientras Meyer e Olivera rechazan la idea de su apoyo a lucha armada, más crítica es la posición de F.M. Gonzáles, *La Memoria desfalleciente: el retorno sintomático de la guerra Cristera*, in «Historia y Grafía» 2(1998).

³⁴ El arzobispo dijo: «Me parece muy sabio y conveniente el acuerdo hecho

Poco después el propio Carreño publicaría un volumen con duras críticas a la actitud radical de los dirigentes de LNDLR, en el que también denunciaba la existencia de un plan para asesinar a Ruiz y Flores y Díaz³⁵, sospechando, además la existencia de prejuicio racista en contra de este último (el «obispo indio» como se conocía, era en parte de origen indígena Huichol), iniciando una campaña contra el movimiento.

Todo esto ayuda a entender la aceleración del plan de acción que estaba sentando las bases del proyecto del padre Darío Miranda, encargado del Secretariado Social Mexicano y del obispo de Zamora (ya en el Morelos zapatista), Manuel Fulcheri y Petrasanta, de poner en marcha la nueva Acción Católica Mexicana (ACM). Fue un proceso paralelo al nombramiento del arzobispo de México (el 25 de junio de 1929), por parte de Pío XI, del conciliador Pascual Díaz, el mismo criticado «obispo indio», enemigo de los radicales e integristas.

El saldo de aquella guerra que expuso a las almas populares de la nación mexicana, como había sucedido en la época de la Revolución, era indudablemente pesado e influyó tácitamente sobre la década que iniciaba. Es imposible calcular las bajas civiles, que ciertamente ascendieron a varias decenas de miles (Jean Meyer estima un total de 70,000 muertos de los cuales 25,000 cristeros y un número más o menos equivalente de federales)³⁶, sin considerar las epidemias y hambrunas relacionadas con el conflicto (lo que se eleva a un total de alrededor de 200.000 víctimas). El cálculo de los eclesiásticos caídos en la guerra es más fácil, en total 61 sacerdotes y religiosos, en su mayoría fusilados en Jalisco, Zacatecas, Guanajuato, Michoacán y Querétaro, incluido el párroco (misionero entre los indígenas huicholes), Cristóbal Magallanes, o el famoso cura en armas, el padre Pedroza. A ellos se suma el elevado número de desplazados de las zonas de guerra (al menos 200,000), los deportados a la colonia penal de las Islas Marías y el colapso de la producción agrícola en las zonas afectadas.

por la Iglesia y el Gobierno, está avalado por el presidente Portes Gil y el delegado apostólico Ruiz y Flores. Ambos son personas muy competentes para resolver tan complicadas y difíciles asuntos», «World», 25 de junio de 1929.

³⁵ E. Lira Soria, *Biografía de Miguel Palomar y Vizcarra, intelectual cristero 1880-1964*, tesis UNAM 1989.

³⁶ J. Meyer, *La Cristiada*, Fondo de Cultura Económica, Clfo, México 2003.